

LA MORAL DE LA NUEVA ALIANZA, MORAL DE RESPUESTA SACRAMENTAL

FRANCISCO GIL HELLIN

I. LA MORAL FUNDAMENTAL Y EL CONCILIO VATICANO II

El decreto sobre la formación sacerdotal del Concilio Vaticano II, al hablar del espíritu que ha de informar la exposición de cada una de las disciplinas eclesíásticas, recoge la tradicional distinción entre la teología dogmática y la teología moral. No por ello establece una mutua independencia, entre una y otra. Al contrario, cuando habla de la teología moral, afirma que ha de impartirse sobre el fundamento de una ontología del hombre en Cristo, base para toda la explicación científica de la vida del cristiano. La teología moral debe exponer, por tanto, “la sublimidad de la vocación de los fieles en Cristo y su obligación de producir frutos en la caridad para la vida del mundo”¹.

Tenemos, por tanto, que el centro y fundamento de la Teología moral es nuestro *ser en Cristo*, según indica el Concilio. Esta condición de hijos de Dios en Cristo Jesús no niega ni destruye la condición de criaturas, sino que la potencia y perfecciona, ya que, a la participación natural de la bondad de Dios, le viene incorporada una específica participación de la vida divina por el don de la gracia². Así pues, la natural ordenación de la criatura

1. “Specialis cura impendatur Theologiae morali perficiendae, cuius scientifica expositio, doctrina S. Scripturae magis nutrita, celsitudinem vocationis fidelium in Christo illustret eorumque obligationem in caritate pro mundi vita fructum ferendi”: CONC. VATICANUM II, Decretum *Optatam totius*, 16.4.

2. “Lo sobrenatural es participación de la naturaleza divina, pero bajo una razón formal diversa de la participación natural: en ésta Dios participa

racional y libre a Dios, como fin último, queda a su vez sanada y potenciada por una nueva tensión finalista: aquella que procede de la perfección del hombre por la filiación divina participada en Cristo. Si el ser racional, por ser criatura, tiende necesariamente a su Creador como término de su felicidad, y la medida de la bondad moral de la actividad humana consiste en la consciente y voluntaria asunción de esta orientación natural, la participación filial de Dios en Cristo perfecciona dicha tensión natural, convirtiéndola en connatural orientación al Padre y, por ello, en norma y medida de la actividad moral del cristiano³.

El *ser en Cristo* comporta para el cristiano una vida nueva, que no es sino la proyección existencial de aquella realidad *ontológico-personal* participada⁴; en otras palabras, comporta vivir aquello de S. Pablo: “y ya no vivo yo, es Cristo quien vive en mí”⁵.

¿Moralismo filosófico o abstracción supernaturalista?

Con este fundamento de nuestro *ser en Cristo*, se hace inviable la tentación frecuente de algunos autores: hacer de la moral cristiana un moralismo filosófico humanista, ya que participamos de la misma vida de Dios Padre por nuestra inserción vital en Cristo. Y, por otra parte, es imposible también caer en el otro extremo: el de la abstracción supernaturalista. La Teología moral, teniendo en cuenta su centro vital, no puede prescindir de que, aun siendo vida sobrenatural participada en Cristo, es verdadera

su naturaleza bajo la razón formal de Ser, mientras que lo sobrenatural será la participación de ese mismo y único Dios, pero bajo la razón formal de divinidad o deidad. En este sentido se entiende tradicionalmente la expresión participación de la naturaleza divina”: F. OCÁRIZ BRAÑA, *Hijos de Dios en Cristo*, p. 117; “Ulterius autem effectum divinae virtutis ostendit in his quae pertinent ad gratiam; et dicit quod divina virtus dat ipsam deificationem, idest participationem Deitatis, quae est per gratiam”: S. THOMAS, *In De Divinis Nominibus*, c. VIII, lec. 2.

3. “Es esa misma estructuración final de nuestro ser la que hace posible que Dios nos eleve al orden sobrenatural. La ley de la gracia no abroga la íntima ordenación de nuestro ser y de nuestro obrar para Dios, sino la supone. (...) Y así, sobre el precepto supremo de la ley natural —el amor a Dios sobre todas las cosas— se entronca el precepto de la caridad, la inclinación-obligación sobrenatural de amar a Dios ya no como Señor de la creación, sino como Padre que nos comunica, en Jesucristo, la vida divina misma, que nos hace hijos suyos por la gracia del Espíritu Santo”: E. BURKHART, *La grandeza del orden divino*, p. 93s.

4. Cfr. F. OCÁRIZ BRAÑA, *Hijos de...*, p. 141.

5. Gal 2,20.

vida del hombre. Debe ser, por tanto, una auténtica moral para el hombre concreto.

Nos ayudará mucho en la precisión de los dos extremos que se han de evitar, considerar atentamente la especificidad de nuestro *ser en Cristo*: “participata similitudo filiationis naturalis”⁶. Somos hijos de Dios, y *divinae consortes naturae*⁷ a través de la participación en la Filiación del Hijo⁸. Por tanto, esta vida divina la participamos no por una inmediata y directa comunicación de la Persona de Dios Padre o la del Espíritu Santo⁹, sino por la comunicación de la Persona del Hijo a través de *el sacramento* de su Humanidad¹⁰. Poseemos, pues, la vida divina por la unión con Cristo Jesús, es decir, por la participación en la vida divina del Verbo Encarnado. “Ipsius namque Humanitas, in unitate Personae Verbi, fuit instrumentum nostrae salutis”¹¹. Es mediante esta vida divina del Verbo “sacramentalizada”¹² en la Humanidad de Cristo, verdadero Dios y verdadero hombre, como nosotros participamos en la vida trinitaria¹³. La nuestra es vida en relación con el Padre mediante la unión sacramental con Cristo “qui per Humanitatem suam continuo vitam divinam in membra Corporis

6. “Sed filiatio adoptiva est *participata similitudo filiationis naturalis*, quae non convenit nec Patri nec Spiritui Sancto”: S. THOMAS, *Summa theol.*, III, q.3, a.5 obi.2.

7. II Petr 1,4.

8. “Nuestra filiación divina sobrenatural, en cuanto relación de origen, es sin duda un *esse ad Deum* en la línea de las operaciones *ad extra*. Sin embargo, (...) las Tres Personas están presentes (son) en esa misma y única operación *a través* de una y misma naturaleza, cada una según lo que le es propio. Ahora bien, el término de esa misma y única operación no es la producción de un ser, de una naturaleza creatural, sino la *asimilación* de la persona creada, ya existente, a la Persona del Hijo”: F. OCÁRIZ BRAÑA, *Hijos de...*, p. 127.

9. “Filiatio adoptiva est quaedam participata similitudo filiationis naturalis; sed fit in nobis appropriate a Patre, qui est principium naturalis filiationis; et per donum Spiritus Sancti, qui est amor Patris et Filii; secundum illud Galat. 4,(6): *Missit Deus Spiritum Filii sui in corda nostra, clamantem: Abba, Pater*”: S. THOMAS, *Summa theol.*, III, q.3, a.5 ad 2.

10. “Naturam humanam in Christo esse sicut instrumentum ad unitatem hypostasis pertinens”: S. THOMAS, *Summa theol.*, III, q.2, a.6 ad 4.

11. CONC. VAT. II, Const. *Sacrosanctum concilium*, 5,1.

12. “At divinitas quidem corpori praerogativas suas impertiebat, cum interim ipsa corporis dolorum immunis maneret. Non enim, quemadmodum Verbi divinitas per carnem operatur, ita etiam per divinitatem caro ipsius perpertiebat. Divinitatis enim organum caro fuit”: S. JOANNES DAMASCENUS, *De fide orthodoxa*, III, 15, PG 94, 1058s.; cfr etiam S. THOMAS, *Summa theol.*, III, q.2, a.6 ad 4.

13. “Lo que por su origen debería ser *exterior* a Dios (*esse ad Deum Unum*), *terminativamente* es constituido en *esse ad Patrem in Filio per Spi-*

sui infundit”¹⁴. Así pues, lo propio y específico de nuestra filiación divina, en la presente economía de la gracia¹⁵, consiste en ser relación con Dios Padre por el Espíritu *en y a través* de Cristo¹⁶, cuya vida nos comunica por los sacramentos¹⁷.

Solamente si tenemos en cuenta que nuestro ser se especifica como cristiano por la participación de la vida de Cristo Jesús, estaremos lejos de todo moralismo naturalista en la exposición y estudio de la teología moral, ya que es vida de Dios participada lo que existe en el hombre cristiano, y a la vez, estaremos también lejos de todo supernaturalismo abstracto, que prescinde de la Encarnación del Verbo y de la presencia de Cristo en la vida del cristiano¹⁸.

Podemos, pues, decir que la teología moral debe ser una verdadera moral del *hombre*¹⁹, contra todo falso espiritualismo; pero sin olvidar, por otra parte, que este hombre de hecho es o está llamado a ser *cristiano*²⁰, superando, por ello, todo humanismo naturalista. Debe ser una teología moral del hombre real, es decir, del hombre llamado por Dios en Cristo: “El hombre tal como ha sido *querido* por Dios, tal como El lo ha *elegido* eternamente, llamado, destinado a la gracia y a la gloria, tal es precisamente

ritum Sanctum y por tanto *interior* a Dios, *de la familia de Dios (Deus Unus et Trinus)*”: F. OCÁRIZ BRAÑA, *Hijos de...*, p. 127.

14. CONC. VAT. II, *Decretum Presbyterorum ordinis*, 5.5.

15. “Sicut, Filio incarnato, adoptivam filiationem accipimus ad similitudinem naturalis filiationis eius; ita, Patre incarnato, adoptivam filiationem recipemus ab eo tanquam a principio naturalis filiationis; et a Spiritu Sancto, tanquam a nexu communi Patris et Filii”: S. THOMAS, *Summa theol.*, III, q.3, a.5 ad 2.

16. Cfr. F. OCÁRIZ BRAÑA, *Filiación divina*, en *Gran Enciclopedia Rialp (GER)*, 10, p. 118; *Hijos de...*, p. 127 ss.

17. “Virtus passionis Christi applicatur viventibus per sacramenta configurantia nos passioni Christi”: S. THOMAS, *Summa theol.*, III, q.52, a.1 ad 2; “Quia (sacramenta) operantur in virtute passionis Christi, et passio Christi quodammodo applicatur hominibus per sacramenta”: *Ibid.*, q.61, a.1 ad 3.

18. “La religión cristiana es, pues, una irrupción de Dios en la vida del hombre: olvidar este hecho supondría reducir la vida del cristiano a una especie de humanismo religioso —a la búsqueda puramente racional de un Dios lejano, para que se nos muestre propicio— o, en el plano de las relaciones con los demás hombres, a un mero sociologismo o a un moralismo antropológico, sin más horizonte que la ética de los valores”: A. DEL PORTILLO, *Escritos sobre el sacerdocio*, p. 108.

19. “De homine ideo hic agitur, in tota eius veritate, in universa eius amplitudine. Non agitur de homine *abstracto*, sed vero, ut est, de homine *concreto*, historico, ut aiunt”: JOANNES PAULUS II, Litt. Enc. *Redemptor hominis*, 13, AAS 71 (1979) p. 283.

20. “De quolibet homine agitur, cum quivis comprehendatur mysterio Redemptionis et huius mysterii gratia in omne tempus cum eo Christus se coniunxerit”: JOANNES PAULUS II, *Ibid.*, p. 283.

cada hombre, el hombre más concreto, el más real, éste es el hombre, en toda la plenitud del misterio, del que se ha hecho partícipe en Jesucristo"²¹.

Ser y obrar del cristiano en unión sacramental con Cristo

Esta profundización del *ser en Cristo*²², que constituye el quehacer de la teología moral fundamental, no encuentra su perfecto encuadramiento si no es en el "misterio de Cristo" y en "la historia de la salvación"²³. Siendo lo *específico*²⁴ de la teología moral el ser y el obrar del cristiano, según la directa afirmación del Concilio, esta disciplina teológica ha de situar el misterio cristiano —para no perder su auténtica perspectiva— en la continuación y perfección de la historia de la salvación. Cristo nos desvela el sentido pleno de la historia divina de la salvación y ésta nos manifiesta, nos indica y conduce a Cristo —enviado "al llegar la plenitud de los tiempos"²⁵— como su perfección consumada y punto culminante.

En este contexto puede ser útil aludir a los diversos intentos que han surgido recientemente y que pretenden estructurar toda la teología moral en torno a una idea central. Entre otras muchas, algunas de estas ideas ordenadoras son el reino de Dios, el seguimiento o la imitación de Cristo, la caridad cristiana, el Cuerpo

21. "Homo, quem Deus ita 'voluit', quem ab aeternitate 'elegit', vocavit ad gratiam et gloriam destinavit, ipse est 'omnis' homo, homo quam maxime concretus, quam maxime realis; hic enim est homo plenitudine mysterii ornatus, cuius in Iesu Christo est particeps effectus": JOANNES PAULUS II, Litt. Enc. *Redemptor hominis* 13, AAS 71 (1979) p. 283 s.; cfr. etiam *Ibid.*, 14, AAS 71 (1979) p. 284 s.

22. Cfr. C. TRESMONTANT, *Les idées maîtresses de la métaphysique chrétienne*, p. 87.

23. "Item ceterae theologicae disciplinae ex vividiorum cum Mysterio Christi et historia salutis contactu instaurentur. Specialis cura impendatur Theologiae morali perficiendae,...": CONC. VAT. II, Decretum *Optatum totius*, 16.4.

24. Decimos *específico*, no único ni exclusivo. La Teología moral cristiana no prescinde del ser y el obrar del hombre en cuanto criatura racional, pero todo ello —toda la ética natural— viene integrado en una unidad superior, la de hijo de Dios que comporta sobre esos aspectos naturales una especificación sobrenatural, así como una corrección y purificación de lo que no es verdaderamente natural y humano: "Reapse nonnisi in mysterio Verbi incarnati mysterium hominis vere clarescit. Adam enim, primus homo, erat figura futuri, scilicet Christi Domini. Christus, novissimus Adam, in ipsa revelatione mysterii Patris Eiusque amoris, *hominem ipsi homini plene manifestat* eique altissimam eius vocationem patefacit": CONC. VAT. II, Const. past. *Gaudium et spes*, 22.1.

25. Gal 4.4.

Místico de Cristo, la sacramentalidad del ser cristiano, ... El Concilio Vaticano II, dejando libertad de optar por una de estas ideas centrales u otras, parece apoyar esta última de la sacramentalidad del ser cristiano, al afirmar que la teología moral debe exponer la grandeza de la vocación en Cristo y la consiguiente obligación de dar frutos por la caridad.

Exige, además, dos precisiones metodológicas en la estructuración y renovación de esta disciplina: que sea una verdadera exposición científica, y que a su vez esté impregnada de la doctrina de la Sagrada Escritura. La exposición de la teología moral no ha de reducirse a una presentación ordenada de la doctrina moral bíblica, pero tampoco a la escueta construcción de la razón²⁶. La estructura científica de esta disciplina ha de estar informada y dirigida por las verdades reveladas sobre el ser y el actuar del cristiano, contenidas en la Sagrada Escritura y en la Tradición viva de la Iglesia.

En este sentido, intentamos desarrollar en los apartados siguientes algunas líneas fundamentales del ser y el obrar del Pueblo de Israel, que nos ayudarán a descubrir, conocer y vivir la plenitud del ser y el obrar del hombre, inaugurados con la venida de Cristo. A continuación nos detendremos en esa novedad aportada por Cristo, que es la fuente y fin de la moral cristiana: ser y obrar del cristiano por unión sacramental con Cristo.

II. MORAL FUNDAMENTAL EN LA ANTIGUA ALIANZA

El Concilio Vaticano II, al exponer la doctrina sobre el pueblo de Dios, nacido en la Alianza de la Pascua de Cristo, introduce el tema con una referencia previa al Pueblo de Israel. Dios —dice— “eligió al Pueblo de Israel como pueblo suyo, pactó con él una Alianza y le instruyó gradualmente, revelándose a Sí mismo y los designios de su voluntad a través de la historia de este pueblo, y santificándolo para Sí”. Y a continuación ha añadido, para precisar el sentido de lo anteriormente afirmado: “Pero todo esto sucedió como una preparación y figura de la Alianza nueva y perfecta que había de pactarse en Cristo y de la revelación completa que había de hacerse por el mismo Verbo de Dios hecho carne²⁷.”

26. Cfr. F. FESTORAZZI, *La Sagrada Escritura, alma de la teología moral*, en “Lumen” (Vitoria), 15 (1966) p. 568.

27. CONC. VAT. II, Const. dogm. *Lumen gentium*, 9, § 1.

Efectivamente, sólo *como preparación y figura*, porque la finalidad de la Antigua Alianza no era la gracia otorgada por Cristo —propia del Nuevo Testamento—, sino disponer a ella mediante la exigencia de la ley natural y la consiguiente esperanza en el Redentor, suscitada en el hombre, al comprobar la propia impotencia para el bien: “Itaque lex paedagogus noster fuit in Christo, ut ex fide iustificemur. At ubi venit fides, iam non sumus sub paedagogo”²⁸. El carácter, por tanto, de la Ley de Moisés, aunque pueda realizarse con actitud de verdadera piedad, es extrínseco, ya que muestra el camino a recorrer, pero no otorga la energía interna para ejecutarlo: “Si enim data esset lex, quae posset vivificare, vere ex lege esset iustitia. Sed conclusit Scriptura omnia sub peccato, ut promissio ex fide Iesu Christi daretur credentibus”²⁹.

El conocimiento de las relaciones de Dios con Israel y la correspondencia del Pueblo veterotestamentario pueden servirnos —aunque sea en una primera aproximación— para mejor descubrir el ser y el obrar de quienes forman el Nuevo Pueblo en relación con Dios. Veremos, pues, que la vocación de Israel conlleva y comporta una respuesta que compromete toda su vida.

La vocación-constitutiva de Israel, absoluta iniciativa de Dios

El don de Dios precede y hace posible la correspondencia del Pueblo. Antes de que Dios pida a Israel una respuesta positiva, antes de exigirle como Pueblo un explícito reconocimiento a Su santidad, y antes de que esta santidad de Dios le sea propuesta como obligada norma de conducta, Dios mismo ha preparado, con las maravillas obradas por Su mano, el sentido positivo de su respuesta. Israel no debe decir que no a Dios; sería ir contra sí mismo, atentar contra su propia existencia. Israel es criatura de Dios. Este es el primer descubrimiento que hace Israel al reflexionar sobre su propia historia. La sucesiva intervención de Dios en favor de Israel lleva a éste a redescubrirle como su Salvador. Más tarde, al contacto con otros pueblos, Israel tendrá la clara visión de la gratuita elección de Dios, y esto le llevará a reconocerse como Pueblo, hechura de Dios³⁰.

28. Gal 3,24-25.

29. Gal 3,21-22.

30. Cfr. Is 43,1. 15; 44,1-2; 49,1.

El Pueblo de Israel no existe sino en relación con Dios. Esta relación no es algo sobreañadido, sino la razón íntima de su propia existencia. Israel ha nacido *para ser* el Pueblo de Dios. Israel es el Pueblo en relación con Yahvé. No son dos interlocutores que desde hoy, aceptándose mutuamente, pueden realizar en común una misma historia. La Alianza no supone un pueblo preexistente, un pueblo que pueda tratar, en algún modo, de igual a igual con Dios. La promesa de la Alianza incluye la misma posibilidad de existencia del pueblo. Por eso, el Pueblo de Israel será el Pueblo-de-la-Alianza-con-Dios: No sólo en el sentido de que ha sido creado para ella, sino porque además, todo el crecimiento como tal Pueblo está dependiendo de su fidelidad a ella.

En la historia de Israel existe un *ayer* que condiciona el *hoy*. Dios, por una elección gratuita, por propia y exclusiva iniciativa, se ha acercado a este pueblo. El ha dirigido toda su historia hasta el día de hoy: eligió a Abraham, condujo a los Patriarcas, llamó a Moisés, liberó a los descendientes de Jacob humillando a sus opresores, les hizo pasar el mar Rojo a pie enjuto, les alimentó en el desierto, ... En una palabra, Dios ha realizado maravillosas hazañas para con el Pueblo de Israel, sin haberlas hecho depender de sus propios merecimientos.

Hasta aquí todo ha sido dirigido por la personal y absoluta iniciativa de Dios. A Israel se le ha pedido una actitud receptiva: acoger y ser consciente de los dones de Dios en su historia. Toda esta acción de Dios en la vida de Israel ha preparado el Pacto del Sinaí, donde se ha realizado la Alianza entre Dios y el Pueblo. Este es obra de Dios, creación de sus manos, no sólo en el sentido en que es el Creador de todas las cosas, sino en el propio y específico de *goel*, de ser su Salvador. Pero esta creación, esta salvación iniciada, lleva en sí un germen de vida, una posibilidad de desarrollo, un dinamismo que exige progreso y perfección en el ser y en la salvación. Posibilidad que se hará real por la docilidad y correspondencia del Pueblo a los dones de Dios.

*Diálogo con Dios: progreso en el ser y
perfección en la salvación*

Toda la preparación de la Alianza nos hace comprender el verdadero papel e importancia del Pacto, así como la situación vital de Israel ante la respuesta que Dios le pide. Dios ha obrado en favor de sus padres; ahora es el momento de recabar de

ellos como Pueblo un compromiso de fidelidad. Antes de dar este asentimiento, por el que se instaura la Alianza, han de considerar las maravillas realizadas por Dios en su historia³¹. El pasado ha de ser tenido en cuenta, debe influir en la decisión que han de tomar. La libertad que posee Israel como Pueblo elegido no es la arbitraria posibilidad de aceptar o rechazar a Dios en su propia vida. La total dependencia de Dios su Salvador es un hecho, una experiencia vital ya antes de toda Alianza. Su dependencia no es causada por el reconocimiento. La propuesta de Alianza no es una invitación a elegir entre dependencia o autonomía. La Alianza le ha sido propuesta por iniciativa de Dios y el Pueblo debe corresponder³². Con todo, su posible rechazo no cancelaría la elección.

Dios quiere que, a través de la Alianza, aquella dependencia en cuanto al *ser* del Pueblo informe su vida, quiere que sea dependencia reconocida y aceptada. Aquí tenemos el nuevo valor moral: Israel que acepta o rechaza su situación de dependencia. Recordemos que no es su aceptación la que hace nacer esa relación de dependencia, como tampoco su rebelión la puede suprimir. Israel no es libre de cerrarse a la acción de Dios. Su libertad es un valor, es autodomínio, posibilidad de poseerse en su desarrollo y en el dinamismo de su ser, posibilidad de dirigir la propia historia y cooperar con Dios en la propia salvación.

Dios que ha creado al Pueblo por propia y exclusiva iniciativa, sin pedirle su parecer, se dirige ahora a él y le pide su consentimiento, su *sí* para asumir la historia humana de este Pueblo en la Historia de la salvación. El nuevo valor ético que comporta la Alianza es el *re-conocer* a Dios, es decir, ser consciente de los lazos que le unen a El, y aceptar su voluntad como norma de vida.

La Alianza es la instauración, el comienzo de una historia a realizar³³. Este es el sentido dinámico que tiene la expresión *hacer alianza*³⁴. Por la aceptación del Pueblo a lo que Dios propone³⁵ ha comenzado a cumplirse para Israel ser propiedad de Dios, con el sentido específico de *tesoro particular*³⁶. La actitud de aceptación pedida por Dios al Pueblo es de una gran riqueza moral:

31. Cfr. Ex 19,4.

32. Cfr. J. L'HOUE, *La morale de l'Alliance*, p. 28.

33. Cfr. G. AUZOU, *De la servitude au service. Etude du livre de l'Exode*, p. 248.

34. Cfr. Ex 6,4; 19,5; Lev 26,9; Gen 6,18; 9,9.11.17; 17,7.9.21.

35. Cfr. Ex 24,7.

36. Cfr. I Cro 29,3; Eccli 2,8; G. AUZOU, *De la servitude...*, p. 249.

voluntad actual de escuchar y realizar en cada momento de la historia la voluntad de Dios. Cumplir la voluntad de Dios en los distintos momentos de la historia será hacer presente, profundizar y participar aquella primera respuesta a la Alianza.

Espíritu de respuesta y sentido ético de toda la vida

A partir de esta primera respuesta positiva del Pueblo de Dios, su re-creación no depende ya sólo de Dios. Su desarrollo y perfección como Pueblo está en estrecha unión a la propia cooperación, depende de la docilidad a su ser en relación con Dios, de su continua actitud de respuesta. El dinamismo en la perfección de su ser y de la historia de la salvación no son algo ajeno al diálogo comenzado. Siendo éste fruto de la iniciativa de Dios, el crecimiento por la positiva correspondencia también puede designarse como don de Dios.

Entre todos los mandatos de Dios que el Pueblo debe poner por obra se dan algunos que son como el espíritu y la vida de todos los demás. Si este espíritu está presente en la observancia de cada uno de los preceptos, el diálogo será personal. Entonces la observancia de los preceptos, cualquiera que sea su objeto específico concreto, podrá recibir la misma denominación del espíritu que lo anima: servicio, obediencia, amor³⁷. Si por el contrario, está ausente y no vivifica los mandatos particulares, la observancia será hipócrita, mecánica e impersonal.

Esta actitud interior que da sentido y valor ético a todo el obrar del Pueblo se perfecciona a través de toda la historia de la salvación. Esta perfección es consecuencia por una parte del desarrollo de la Revelación y del mejor conocimiento de Dios, y por otra, de la purificación del concepto de salvación. Así pues, mientras en un primer momento la actitud primordial con el Pacto se describe con los conceptos de temor y servicio, y más tarde los Profetas nos lo presentan con los de conocer y reconocer a Yahvé, los círculos deuteronomícos lo definen con el de amor.

La fidelidad del Pueblo al diálogo con Dios es elemento indispensable para que se realicen sus bendiciones. La infidelidad las convertirá en maldiciones. La plenitud de estas bendiciones —bienaventuranza final, encuentro total y definitivo con Dios— ten-

37. Cfr. J. L'HOUE, *La morale...*, c. II: "Stipulation générale et stipulations particulières", pp. 53-82.

drá ocasión al fin de los tiempos, pero ya hoy se participa de ella por la fidelidad. Lo que garantiza llegar a poseer *la tierra prometida* es la docilidad de *hoy* a la voluntad de Dios.

Las bendiciones son, por tanto, la corona y meta de la historia de la salvación, y, precisamente por esto, absolutamente gratuitas; pero además, tienen el sentido de recompensa, ya que éstas —a diferencia de la acción de Dios en la elección del Pueblo— están condicionadas a la cooperación y fidelidad a la Alianza. Sin embargo, esta obediencia del Pueblo, que hace real la historia querida por Dios, no es una simple condición, sino un elemento dinámico en el desarrollo de la historia de la salvación. Su docilidad y fidelidad en mayor o menor grado acelera o detiene la realidad de la salvación. He aquí la gloria y responsabilidad de Israel: su pecado detiene la historia.

Nueva y definitiva Alianza en Cristo

A través del Antiguo Testamento Dios se va manifestando más claramente, la idea de la salvación se purifica y perfecciona, y la respuesta del Pueblo y su cooperación en la historia se va haciendo más exigente. El Pueblo llega a experimentar la propia impotencia, y Dios anuncia una Nueva Alianza, una Alianza que dará la posibilidad de una cooperación más perfecta, pues comportará una transformación interior de la criatura. Dios se hará presente en ella: “os daré un corazón nuevo —promete por el profeta Ezequiel— y pondré en vosotros un espíritu nuevo, os arrancaré ese corazón de piedra y os daré un corazón de carne. Pondré dentro de vosotros mi espíritu”³⁸.

La Alianza que se concluye y perfecciona en Cristo, en su Espíritu, viene preparada y presentada pedagógicamente por la Alianza del Antiguo Testamento. Con ésta ha comenzado un diálogo entre Dios y los hombres³⁹, diálogo de amor, de servicio, ...; pero el diálogo emprendido es más que un intercambio verbal, pues está dirigido por Dios a ser vehículo del mismo diálogo di-

38. Ez 36, 26-27; cfr. Ez 16; Jer 31,31-34.

39. “Colloquium paternum et sanctum inter Deum et homines, quod post miserum Adae casum abruptum erat, postea per aetates et tempora redintegratum est. Re enim vera historiae humanae salutis hoc longum et varium colloquium produnt, quod Deus mirifice cum hominibus inchoat cum iisdemque multimodis protrahit”: PAULUS VI, Litt. Enc. *Ecclesiam suam*, AAS 56 (1964) p. 641.

vino intratrinitario, en el que los hombres participamos por nuestra inserción en Cristo, Palabra perfecta del Padre.

La historia de la salvación tiene como punto de partida la iniciativa amorosa de Dios, como fin, el diálogo con el hombre en el ámbito de la Alianza, y como centro y cumbre, Cristo, que lleva a la Alianza a su perfección consumada. En Cristo nos ha llegado la Nueva Alianza prometida para la plenitud de los tiempos⁴⁰. En Cristo se perfecciona y sintetiza la Revelación y el conocimiento de Dios, la vida de Dios para el hombre y la respuesta de la humanidad a Dios. "En Cristo y por Cristo, Dios se ha revelado plenamente a la humanidad y se ha acercado definitivamente a ella y, al mismo tiempo, en Cristo y por Cristo, el hombre ha conseguido plena conciencia de su dignidad, de su elevación, del valor trascendental de la propia humanidad, del sentido de su existencia"⁴¹.

III. MORAL FUNDAMENTAL EN CRISTO: NUEVA ALIANZA

"Muchas veces y en muchas maneras habló Dios en otro tiempo a nuestros padres por el ministerio de los profetas, últimamente en estos días nos habló por su Hijo"⁴². Dios en Cristo ha entrado en nuestra historia definitivamente⁴³. Dios se ha acercado a nosotros; no nos ha dejado expuestos a las conjeturas y debilidad de nuestro entendimiento, nos ha salido al paso liberándonos de un antropocentrismo de perdición⁴⁴. Nuestra historia, nuestra

40. Cfr. CONC. VAT. II, Const. dogm. *Lumen gentium*, 9, § 1.

41. "In Christo ac per Christum plene se ipsum Deus monstravit hominibus ad eosque modo stabili accessit; eodem vero tempore in Christo ac per Christum homo est consecutus plenam conscientiam suae dignitatis et exaltationis, conscientiam pariter valoris, naturam transcendentis, humanitatis propriae ac sensus existentiae suae": JOANNES PAULUS II, Litt. Enc. *Redemptor hominis*, 11, AAS 71 (1979) p. 277.

42. Hebr 1,1-2.

43. "Deus in historiam humani generis intravit et, ut homo, factus est eius 'subiectum', unum quidem ex immensa multitudine, sed simul Unicum!": JOANNES PAULUS II, Lit. Enc. *Redemptor hominis*, 1, AAS 71 (1979) p. 258.

44. "Per incarnationem Deus vitae humanae illam rationem tribuit, quam homini praebere intenderat ab ipso eius initio, eamque modo certo ac terminali, (...) pariter vero eam praestitit illa cum liberalitate, quae, si considerentur peccatum originale et universa series peccatorum generis humani, errata intellectus, voluntatis cordisque humani, nos sinit stupentes haec verba Sacrae Liturgiae repetere: 'O felix culpa, quae talem ac tantum meruit habere Redemptorem!'": JOANNES PAULUS II, *Ibid.*

condición humana, el hombre en el cosmos, están influenciados por esta presencia del Dios Encarnado.

Por una total iniciativa de Dios, el hombre puede acercarse a El; participa de su amistad, de su vida, y hasta la misma creación, a través del hombre, participa "de la gloria de los hijos de Dios"⁴⁵. Esta total iniciativa de Dios se nos hace presente en Cristo el Señor: "El amor de Dios hacia nosotros se manifestó en que Dios envió al mundo a su Hijo Unigénito para que nosotros vivamos por El. En esto está el amor, no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que El nos amó y envió a su Hijo"⁴⁶. La invitación de Dios al hombre ha sido preparada a través de toda la historia de Israel, pero llegada la plenitud de los tiempos, aquella sólo tiene sentido pedagógico.

La potencia salvífica de Dios se ha manifestado en toda su plenitud en el Verbo Encarnado. Todas las maravillas obradas por Dios con el Pueblo de Israel sólo son un pequeño anticipo de la grandeza de su poder revelado en Cristo: "Esta obra de la redención humana y de la perfecta glorificación de Dios, preparada por las maravillas que Dios obró en el Pueblo de la Antigua Alianza, Cristo la realizó principalmente por el misterio Pascual de su bienaventurada pasión, resurrección de los muertos y gloriosa Ascensión"⁴⁷.

Con Cristo se inicia la plenitud de los tiempos, la plena revelación del poder de Dios contra todos los enemigos del hombre. "El último enemigo reducido a la nada será la muerte, pues ha puesto todas las cosas bajo sus pies. Cuando (...) le queden sometidas todas las cosas, entonces el mismo Hijo se sujetará a Quien a El todo se lo sometió, para que sea Dios todo en todas las cosas"⁴⁸. Los Apóstoles presentan este poder de Dios, manifestado en Cristo, sobre todo en su Resurrección de los muertos, como la única posibilidad de encuentro con Dios⁴⁹. Es el poder del Padre manifestado y transmitido a Cristo resucitado⁵⁰, el que habiendo sido comunicado a los hombres, los constituye nuevas criaturas por la participación en la Resurrección de Cristo Jesús: "Con El fuisteis sepultados en el bautismo y así mismo fuisteis

45. Rom 8,12.

46. I Jn 4,9-10.

47. CONC. VAT. II, Const. *Sacrosanctum concilium*, 5, § 2.

48. I Cor 15,26-28.

49. Cfr. Hech 10,40-43; 17,30-31; ...

50. Cfr. Rom 1,4.

resucitados por la fe en el poder de Dios, que le resucitó de entre los muertos”⁵¹.

Cristo, fundamento y realización de la nueva creación

Este poder de resurrección que Dios ha desplegado en su Hijo, quiere que se extienda a todos los hombres como una nueva creación. “Dios, que ha resucitado a su Hijo, regenera en El a todos aquellos que creen en su resurrección”⁵². La realidad de la salvación, presente en Cristo Jesús, no se limita a condicionar intencionalmente⁵³ —como proponía Pelagio— nuestra aceptación y respuesta positiva. Cristo no es sólo el modelo de la vida cristiana, sino su mismo principio⁵⁴. El designio primordial del Padre al enviarnos a su Hijo no es únicamente enseñarnos y ayudarnos a vivir una moralidad verdaderamente humana, sino transformarnos en nuevas criaturas, en hijos de Dios. Esta es, sin duda, la plena dimensión humana del misterio de la reconciliación con Dios en Cristo⁵⁵.

Cristo es el nuevo Adán, el hombre nuevo, prototipo de la nueva creación decretada por el Padre: “el primer hombre Adán fue hecho alma viviente; el último Adán, espíritu vivificante”⁵⁶. Esta es la nueva creación a la que estamos llamados a participar: “como llevamos la imagen del terreno, llevaremos también la imagen del celestial”⁵⁷. Pero además, Cristo, nuevo Adán, es el realizador de la plena y definitiva creación del Padre que restau-

51. Col 2,12.

52. “Dieu, qui a ressuscité son Fils, fait revivre avec lui tous ceux qui croient en ce mystère”: F. M. DU BUIT, *Le Christ puissance de Dieu*, en “Evangile” 59 (1965) p. 51.

53. “Et sicut in Adam omnes moriuntur, ita et in Christo omnes vivificabuntur. Unusquisque autem in suo ordine: primitiae Christus; deinde illi qui sunt Christi, qui in adventu eius crediderunt”: I Cor 15,22-23. “Ipse enim, Filius Dei, incarnatione sua cum omni homine quodammodo Se univit”: CONC. VAT. II, Const. past. *Gaudium et spes*, 22,2; cfr. etiam CONC. CARTHAG., *De peccato originali et gratia*, can. 4 (Dz 104); CONC. TRID., *Decretum de iustificatione*, c. 7 (Dz 799).

54. “Le Christ n’est pas seulement le modele de la nostre salut, mais qu’il est la source”: F. M. DU BUIT, *Le Christ puissance...*, p. 52.

55. “Christus Redemptor... hominem ipsi homini plene manifestat. Et illa est —si ita quidem loqui licet— humana ratio et proprietas mysterii Redemptionis. In ea vicissim homo magnitudinem suae humanitatis et dignitatem et pretium proprium denuo detegit”: JOANNES PAULUS II, Litt. Enc. *Redemptor hominis*, 10, AAS 71 (1979) p. 274.

56. I Cor 15,45.

57. I Cor 15,49.

ra en los hombres la semejanza divina deformada por el primer Adán: "Ipse est homo perfectus qui Adae filiis similitudinem divinam, inde a primo peccato deformatam, restituit"⁵⁸.

Participar la imagen de Dios, tal cual reverbera en la faz de Cristo⁵⁹, es el principio de nuestra re-creación: "Dios, que dijo: 'Del seno de las tinieblas fulgurará la luz', es quien la hizo fulgurar en nuestros corazones, para que irradiásemos el conocimiento de la gloria de Dios, que reverbera en la faz de Cristo Jesús"⁶⁰. Nuestra nueva creación es *ser en Cristo*: "De suerte que el que es de Cristo se ha hecho criatura nueva, y lo viejo pasó, se ha hecho nuevo"⁶¹. Cristo, que en orden natural constituye el ejemplar perfecto de todas las cosas —"primogénito de toda la creación"⁶²—, es también el prototipo acabado de la nueva creación, la que procede de su muerte y resurrección. En este nuevo orden de la redención todo tiene en El su origen, pues "de su plenitud todos recibimos gracia sobre gracia"⁶³.

La nueva creación iniciada e irrevocablemente decretada en Cristo contiene en sí el principio y el dinamismo de crecimiento del hombre y del cosmos hasta la perfección total escatológica⁶⁴. Cristo, su obra, su misterio, su Encarnación y vida entre los hombres, su Pascua: muerte, resurrección, ascensión y misión de su Espíritu, en una palabra la historia humana del *Dios entre nosotros* viene a ser la semilla de Dios en la historia de los hombres, levadura que vivifica desde dentro. "Jesús realizó mediante su misterio pascual esta nueva creación, introduciendo en el tiempo y en el mundo una forma nueva, sublime y divina de vida, que transforma la misma condición terrena de la humanidad"⁶⁵. Se trata, pues, de una creación a la que somos llamados en la Encarnación del Verbo, que hace presente la misma vida divina en nuestra historia humana, en la que participamos al incorporarnos a Cristo, Quien nos hace accesibles las riquezas de la divini-

58. CONC. VAR. II, Const. past. *Gaudium et spes*, 22, § 2.

59. Cfr. II Cor 4,4; Col 1,15.

60. II Cor 4,6.

61. II Cor 5,17.

62. Col 1,15.

63. Jn 1,16.

64. Cfr. I Cor 15,28.

65. "Quam novam creaturam Iesus, voluntati Patri plene obsecutus, ope mysterii paschalis perfecit, in tempora et in mundum novam vitae rationem eamque praecelsam, divinam inducens, qua ipsa conditio humanitatis egregie commutata est": PAULUS VI, Litt. Enc. *Sacerdotalis caelibatus*, 19, AAS 59 (1967) p. 664 s.

dad⁶⁶, y se manifestará plenamente cuando Cristo haga entrega de Sí mismo al Padre⁶⁷, una vez que la creación entera participe en la gloria de los hijos de Dios⁶⁸.

La vocación cristiana adquiere en esta nueva creación de Dios en Cristo una singular dimensión. Es llamada, pero llamada que viene desde el interior de la persona así re-creada. Es mi ser, que siendo participación del ser filial de Cristo, se resuelve y aflora en llamada, en ser en relación al Padre. No se niega que precedentemente a este ser filial se dé una llamada, llamada que nos abre la posibilidad de ser hijos de Dios. Nos "predestinó a ser conformes con la imagen de su Hijo, para que éste sea el primogénito entre muchos hermanos"⁶⁹. Pero esta llamada no es una palabra que el Padre nos ha dirigido, sino una irrupción de Dios en nuestra historia, a través de la naturaleza humana de Cristo, que, a la vez que respeta nuestra libertad, nos condiciona existencialmente: "Cum in Eo natura humana assumpta, non perempta sit, eo ipso etiam in nobis ad sublimem dignitatem evecta est. Ipse enim, Filius Dei, incarnatione sua cum omni homine quodammo- do Se univit"⁷⁰.

Unión sacramental con Cristo, respuesta a las maravillas de Dios

Toda la intervención de Dios en nuestra historia, toda la proyección del misterio de Cristo sobre nuestra persona —origen de nuestra filiación divina y de la posibilidad de nuestra correspondencia—, condiciona el sentido de nuestra respuesta. No es a partir de nuestro sí cuando Cristo es poder de Dios para nosotros. Dios ha entrado a través de Cristo en nuestra historia humana. Antes de toda unión sacramental en la muerte y resurrección de Cristo⁷¹, antes de toda comunión en el mismo Espíritu⁷², la realidad del misterio de Cristo, cumbre de las maravillas de Dios, influye en nuestra posición teológica y condiciona nuestra actitud de respuesta a Dios⁷³.

66. Jn 1,14.16.18.

67. Cfr. I Cor 15,28.

68. Cfr. Rom 8,19.

69. Rom 8,29.

70. CONC. VAT. II, Const. past. *Gaudium et spes*, 22, § 2.

71. Cfr. Rom 6,3-4.

72. Cfr. I Cor 12,13.

73. "Quod non tantum pro christifidelibus valet, sed et pro omnibus hominibus bonae voluntatis in quorum corde gratia invisibili modo operatur": CONC. VAT. II, Const. past. *Gaudium et spes*, 22, § 5.

Cristo, nuevo Adán, se nos presenta como don del Padre, que nos pide a su vez una respuesta. Y la única respuesta adecuada es el mismo Cristo⁷⁴. Movidos y sostenidos por la gracia⁷⁵, descubrimos que la manifestación máxima del amor de Dios a los hombres⁷⁶ comporta una personal correspondencia a Su amor por la plena adhesión de nuestra vida. Adhesión que se especifica en la apertura de fe de nuestros corazones al misterio de Cristo⁷⁷, y en vivir su Vida —“ut vivamus per Eum”⁷⁸— por la recepción de los sacramentos⁷⁹. Por eso nuestra respuesta comienza en nuestra unión con El. La Alianza nos ha conducido a la unión sacramental con Cristo. Entender a Cristo como entrega del amor del Padre y exigencia de nuestra personal respuesta, nos ayuda a conocer mejor nuestra unión con Dios en Cristo. Se nos muestra así, la doble vertiente del sacerdocio de Cristo: portador de la vida divina a los hombres, sus hermanos, y único acceso al Padre⁸⁰. Este es el sentido en el que el Sacrificio de Cristo en el Calvario y su actualización sacramental en la Santa Misa indican la expresión suprema de Su sacerdocio, y constituyen “la raíz y el centro” de la piedad y vida del cristiano⁸¹.

Ha sido al descubrir las maravillas que Dios ha obrado en nosotros, y al percibir a Cristo como signo patente y máximo del poder salvífico de Dios y como Palabra del Padre que pide una respuesta, cuando en lo íntimo de nuestra persona se produce una actitud de diálogo vital⁸². Cuando somos conscientes de que nuestro *ser* de cristianos ha brotado de un acto de amor —somos “los hijos amados de Dios”⁸³— es cuando podemos comprender que

74. “Offerimus praeclarae maiestati tuae de tuis donis ac datis hostiam puram, hostiam...”: *Canon Romanus*.

75. Cfr. Jn 6,44-45; etiam CONC. TRID., *Decretum de iustificatione*, c. 5 s. (Dz 797 s.).

76. Cfr. Jn 3,16; I Jn 4,10.

77. Cfr. Jn 1,12; Hech 16,14.

78. Cfr. Jn 4,9.

79. Cfr. Jn 3,5; Hech 2,38; Tit 3,5-7.

80. Cfr. Jn 14,6; Hech 4,12.

81. J. ESCRIVÁ DE BALAGUER, vid. A. DEL PORTILLO, *Escritos sobre el sacerdocio*, p. 137; cfr. etiam CONC. VAT. II. Decr. *Presbyterorum ordinis*, 14.

82. “En igitur tenetis, venerabiles Fratres, quae sit huiusce colloqui excellentissima origo, in ipsius Dei mente posita. Suae natura religio necessitudinem quandam flagitat inter Deum et hominem, quae precatione declaratur, utpote qua aliquod colloquium habeatur. Tum etiam revelatio —id est ratio superna, quam Deus ipse cum hominibus instauravit— quasi quoddam colloquium haberi potest quo Verbum Dei sive per Incarnationem, sive in Evangelio loquitur”: PAULUS VI, *Litt. Enc. Ecclesiam suam*, AAS 56 (1964) p. 641.

83. I Tes 1,4; II Tes 2,13; Ef 5,1.

nuestra respuesta debe ser también una vida de amor: "Es en esta conversación de Cristo entre los hombres donde Dios da a entender algo de Sí mismo: el misterio de su vida, unicísima en la esencia, trinitaria en las Personas, donde dice en definitiva, cómo quiere ser conocido: Amor es El; y cómo quiere ser honrado y servido: amor es nuestro mandamiento supremo. El diálogo se hace pleno y conñado"⁸⁴.

Este es el lenguaje de la Sagrada Escritura: el don siempre precede a las exigencias que origina. "Mas cuando apareció la bondad y el amor hacia los hombres de Dios, nuestro Salvador, no por las obras justas que nosotros hubiéramos hecho, sino por su misericordia, nos salvó mediante el lavatorio de la regeneración y renovación del Espíritu Santo, que abundantemente derramó sobre nosotros nuestro Salvador, a fin de que justificados por su gracia, seamos herederos, según nuestra esperanza de la vida eterna"⁸⁵. Por eso S. Pablo, en sus cartas, expone las exigencias morales después de haber presentado el poder salvador de Dios manifestado en Cristo y participado en la Iglesia⁸⁶. Presentar el misterio de Cristo como el gran don de Dios es el fundamento de la vocación cristiana: llamada a la comunión personal con el Padre en Cristo por el Espíritu Santo. "Punto de partida de la fe cristiana es, por tanto, la aceptación, la recepción llena de fe (obediencia de la fe) de aquello que Dios ha dado: sólo después, una vez recibido y aceptado libremente el don de Dios, surge la necesidad de una respuesta por parte de la criatura"⁸⁷.

Aceptar en nosotros la radical iniciativa de Dios, acogiendo sus dones y su *palabra*, constituye ya en sí misma una actitud de respuesta. A partir de esta acogida, el dinamismo de respuesta la convertirá en cooperación. Esta es la actitud de Pablo en el camino de Damasco, al vislumbrar el misterio de Cristo: "¿Qué he de hacer Señor?"⁸⁸. Y el mismo sentido tiene la reacción de la muchedumbre, producida por la predicación de S. Pedro, ante

84. PAULUS VI, Litt. Enc. *Ecclesiam suam*, AAS 56 (1964) p. 641 s.

85. Tit 3,4-7; cfr. II Tim 1,9.

86. "Les exigences de Dieu sur l'homme ne viennent jamais en premier lieu; elle son toujours précédées par la proclamation du salut... C'est seulement après avoir proclamé que Jésus nous a arrachés à la puissance des ténèbres pour nous introduire dans son Royaume, que Paul formule les exigences morales qui découlent de ce grand don du salut": E. HAMEL, *L'usage de l'Écriture Sainte en théologie morale*, en "Gregorianum" 47 (1966) p. 71 s.

87. A. DEL PORTILLO, *Escritos sobre el sacerdocio*, p. 108.

88. Hech 22,10.

el amor de Dios a los hombres manifestado en la Persona de Cristo Jesús: "Al oír esto, sintieron traspasado de dolor su corazón y dijeron a Pedro y a los demás apóstoles: ¿Qué hemos de hacer, varones hermanos?"⁸⁹.

Si decíamos antes que el don culminante de las maravillas de Dios es Cristo el Señor, y sólo en El adquiere su verdadero significado la nueva creación del hombre y del cosmos, podemos afirmar ahora que toda conversión a Dios, así como toda cooperación a la nueva historia tendrán necesariamente sentido cristocéntrico. Esta es la novedad del orden moral revelado en Cristo Jesús. El es en nuestro hoy la expresión perfecta del plan eterno de Dios para nosotros. Cristo Jesús fue constituido principio y fin de la creación entera —"todo fue creado por El y para El"— ha sido designado como la norma última y medio eficaz de la reconducción de los hombres a su Hacedor: "Y plugo al Padre... por El reconciliar consigo todas las cosas en El... así las de la tierra como las del cielo"⁹⁰. En El, pues, "obtenemos *el sacerdocio regio*, es decir, participamos en la única e irreversible devolución del hombre y del mundo al Padre"⁹¹. La norma fundamental del cristiano no será ninguna regla abstracta, sino el mismo Maestro en persona. La moral cristiana es, por tanto, una moral de imitación: *seguir a Cristo*⁹², reproducir en nosotros, según la dinámica interna de la gracia y la externa manifestación de su voluntad en los mandamientos, la vida del Hijo primogénito del Padre. La vida diaria en conformidad con los mandamientos de la Ley, en su perfección cristiana y con las exigencias impuestas por Cristo a sus seguidores, expresa y realiza el verdadero seguimiento de Jesucristo. Cumplir los mandamientos es la manifestación real y concreta de la unión con Cristo por la caridad, y sin unión no se puede hablar de seguimiento: "Si guardareis mis preceptos, permaneceréis en mi amor"⁹³.

Seguir a Cristo, imitarle, quiere decir tenerle como maestro y modelo, pero presupone mucho más. Presupone una semejanza de

89. Hech 2,37.

90. Col 1,16.20; cfr. Ef 1,10.

91. "Cum enim constituimur filii Dei ac filii adoptionis, simul nimirum ad eius imaginem efficitur 'regnum et sacerdotes', adipiscimur 'regale sacerdotium', hoc est participes reddimur illius unice et irrevocabilis restitutionis hominum mundique ad Patrem, quam is, aeternus Filius ac verus pariter Homo, in perpetuum semel peregit": JOANNES PAULUS II, Litt. Enc. *Redemptor hominis*, 20, AAS 71 (1979) p. 310 s.

92. Cfr. I Petr 2,21; I Jn 2,6.

93. Jn 15,10; cfr. Jn 14,15.

naturaleza. Es posible reproducir su vida en el supuesto de que se participe de su Ser. Y esto es lo que afirma S. Pablo en la carta a los Romanos⁹⁴, que es como un compendio de toda la moral revelada: Dios ha decidido configurar al hombre con su Hijo: "conformes fieri imaginis Filii sui". Y comentando Sto. Tomás este pasaje afirma: como por el acto de la creación se comunica la bondad divina según cierta semejanza a todas las criaturas, "ita per actum adoptionis communicatur similitudo naturalis filiationis hominibus"⁹⁵. El hombre es, pues, llamado a ser imagen perfecta del Padre⁹⁶, reproduciendo en sí mismo, por la imitación y por la íntima asimilación a El, aquella otra imagen increada del Padre que se refleja en el rostro de Cristo Jesús⁹⁷.

Siendo el centro de nuestra vida cristiana, y por tanto, de la moral, la Persona de Cristo, es necesario que aparezca clara, como relación fundamental, nuestra conformación sacramental con El. Cristo está en el centro de la moral como prototipo del ser y por ello del obrar del cristiano, imagen acabada y perfecta de aquello que el cristiano ha de ser por la gracia y la personal correspondencia. Este ha empezado *a ser Cristo* por una identificación sacramental con lo que Cristo es en plenitud: Hijo de Dios. Que Cristo es la imagen y prototipo de nuestra vida no quiere decir solamente que es modelo a imitar, sino que El es además la realización perfecta a la que tiende nuestro ser participado por su dinamismo interior.

El diálogo con Dios en Cristo, que en la condición de criatura es mera relación de conocimiento y amor natural, pasa a ser por la Encarnación del Verbo participación en el diálogo divino de Cristo al Padre. De aquí que la estructura fundamentalmente dialógica de toda ética religiosa adquiera en el caso de la moral cristiana una dimensión sacramental: diálogo con Dios, pero en Cristo y por Cristo. Así, pues, la percepción de la palabra de Dios como voluntad del Padre en la vida de los hombres, y su acogida y personal correspondencia por parte de éstos, depende, en todo caso, de la perfección de su unión sacramental con Cristo.

Aceptar la acción de Dios en la propia vida es abrirse, aunque sólo sea virtualmente, a Cristo; reconocer el obrar de Dios en la historia de los hombres es comenzar, aunque sólo sea por fe in-

94. Rom 8,29.

95. S. THOMAS, *Summa theol.*, III, q.23, a.1 ad 2.

96. Cfr. Mt 5,48.

97. Cfr. Jn 1,18; 14,9; Hebr 1,3.

forme, a participar sacramentalmente en Cristo del diálogo con el Padre. Por eso, a partir de la Encarnación del Verbo, una apertura a Dios, es decir, la fe en Dios, es imposible sin fe en Cristo. Toda posibilidad de diálogo intencional ha sido sustituida por el diálogo sacramental. Es posible, sin duda, una apertura a Dios sin una actual y explícita apertura a Cristo, pero en el interior de toda apertura a Dios se encuentra el misterio de Cristo como elemento agente y finalizante.

De aquí que toda fe, aun inicial e informe, participa de algún modo la sacramentalidad de Cristo; pero es en la fe, informada por la caridad, donde se nos comunica plenamente. En este sentido podemos decir, sin lugar a dudas, que los sacramentos, en cuanto expresan y realizan la unión sacramental con Cristo, constituyen el fundamento de la moral cristiana⁹⁸.

Diálogo en el interior del sacramento

Hemos resaltado la mutua relación y exigencia entre fe y sacramento. Ahora afirmamos que estos dos aspectos, en la unidad de la persona que responde, constituyen la personal adhesión para con Dios en Cristo: adhesión sacramental.

La unión sacramental por la que el hombre se une a Dios en Cristo es específica. Participando toda la creación de una cierta unión con Dios en Cristo, en el hombre se especifica por la apertura al tú, propio de la persona. Pero este carácter específico deja de ser meramente intencional, porque ahora está sustentado por la participación en Cristo. No se trata de una unión a la que se le une una intencionalidad dialogal, sino de aquella misma unión que por ser sacramental participa en la relación filial de Cristo para con la Persona del Padre.

Mientras que la naturaleza humana de Cristo está inserta en la relación filial de su Persona divina para con el Padre por la Unión hipostática, la humanidad regenerada participa de esta misma relación por la unión —no hipostática sino sacramental— con Cristo, cuyo poder divino actúa por su Humanidad⁹⁹. Los que

98. "Quia passio Christi praecessit ut causa quaedam universalis remissionis peccatorum, sicut dictum est, necesse est quod singulis adhibeatur ad deletionem propriorum peccatorum. Hoc autem fit per baptismum et poenitentiam et alia sacramenta, quae habent virtutem ex passione Christi, ut infra patebit": S. THOMAS, *Summa theol.*, III, q.49, a.1 ad 4.

99. "Efficiens quidem principale humanae salutis Deus est. Quia vero humanitas Christi est *divinitatis instrumentum*, ut supra dictum est, ex conse-

han sido incorporados a Cristo participan del diálogo trinitario en El y por El: "Que no habéis recibido el espíritu de siervos para recaer en el temor, antes habéis recibido el espíritu de adopción por el que clamamos: Abba! ¡Padre!"¹⁰⁰.

En Cristo, en cuanto hombre, la perfección en el diálogo con el Padre no puede influir en el crecimiento de su unión, ya que se trata de unión Personal con el Verbo del Padre. Las obras de Cristo, como nos manifiesta S. Juan en su evangelio, son la consecuencia y la expresión de la unión vital de su Persona con el Padre. En el cristiano, mientras camina hacia el Padre, las obras, además de ser manifestación de la mayor o menor unión vital con el Padre en Cristo, perfeccionan la unión sacramental y la personalidad participada como *hijo del Padre*.

Las obras, signo de la unión sacramental

Tratamos a continuación este doble aspecto de las obras del cristiano, las obras como fruto y signo de la vida participada por la unión sacramental con Cristo, y las obras como posibilidad de desarrollo y crecimiento en la vida divina y en la perfección de la unión sacramental. A estos dos aspectos unidos los denominamos como *dinamismo* de la unión sacramental.

La unión sacramental con Dios en Cristo es dinámica. El dinamismo de tal unión se manifiesta en que las obras vienen exigidas por coherencia natural de la vida en Cristo. Esta lógica aparece claramente en los escritos de S. Pablo y de S. Juan especialmente. A través de las obras del cristiano, coherente con su ser en Cristo, la creación entera empieza ya a participar de la Redención, empieza a participar de la nueva creación, cuya plena perfección se dará en la completa "manifestación de los hijos de Dios"¹⁰¹. Las obras del cristiano son ya inicialmente expresión y floración de esa vida divina participada, son como la manifestación de nuestra filiación divina que procediendo de la Encarnación se proyecta a la creación entera.

quenti omnes actiones et passiones Christi instrumentaliter operantur, in virtute divinitatis, ad salutem humanam. Et secundum hoc, passio Christi efficienter causat salutem humanam": S. THOMAS, *Summa theol.*, III, q.48, a.6 in c.

100. Rom 8,15. "Illa Spiritui et per Spiritum adhibita obsecratio idem valet ac penetrare assidue in plenam totius mysterii Redemptionis. quo Christus, cum Patre et cum singulis hominibus coniunctus, sine intermissione illum Spiritum dat nobis, qui sensus Filii nobis infundit et ad Patrem nos dirigit": JOANNES PAULUS II. Litt. Enc. *Redemptor hominis*, 18, AAS 71 (1979) p. 304.

101. Rom 8,19.

Por los sacramentos —medios por los que actúa la gracia de Dios en la vida de los hombres a través de la Humanidad de Cristo¹⁰²— se nos manifiesta y comunica la misma vida de Dios. Y esta vida divina se difunde a la creación entera a través de las obras de los hijos de Dios, realizadas en coherencia con esa condición y dignidad. Este es el verdadero sentido secular e inequívoco de la *consecratio mundi*, que iniciada por la Encarnación del Hijo de Dios, continúa como quehacer cotidiano y esencial de los cristianos: liberar a la creación de la vanidad, de la servidumbre de la corrupción haciéndole participe de la gloria de los hijos de Dios¹⁰³.

Las mismas obras, en cuanto llevan en sí el sello del *ser en Cristo* de la persona operante, proyectan el misterio de Dios presente en la Persona de Cristo a la creación entera. La unión sacramental con Cristo hace posible esta proyección. Cada uno de los cristianos no sólo ha de tener a Cristo como prototipo y ejemplar sino como término real de la plena conformación con El: “donec formetur Christus in vobis”¹⁰⁴. El que verdaderamente vive la vida del hombre cristiano, explica en sus obras y manifiesta a su modo —participativamente— la realidad de la vida de Cristo.

La vida del *ser en Cristo* es fuerza divina, gracia de Dios, comunicación de la vida de Cristo resucitado. En nosotros debe desarrollarse y crecer como el grano de mostaza, hasta la identificación con la Vida de la que nos hace participar. El cristiano está impulsado por esta misma vida divina al crecimiento, a ejecutar lo que conviene a nuestra condición de hijos de Dios y a evitar todo lo contrario a ella¹⁰⁵.

La elección y la vocación tienen una necesaria referencia a las obras. Recibida la misión de Cristo —“como me envió mi Padre, así os envío yo”¹⁰⁶— los discípulos han de plasmar en sus obras la presencia de esa Vida divina entre los hombres: “No me habéis elegido vosotros a mí, sino que yo os elegí a vosotros, y os he destinado para que vayáis y deis fruto y vuestro fruto perma-

102. “Principalis causa efficiens gratiae est ipse Deus, ad quem comparatur humanitas Christi sicut instrumentum coniunctum, sacramentum autem sicut instrumentum separatum. Et ideo oportet quod virtus salutifera derive- tur a divinitate Christi per eius humanitatem in ipsa sacramenta”: S. THOMAS, *Summa theol.*, III, q.62, a.5 in c.

103. Cfr. Rom 8, 20 ss.

104. Gal 4,19.

105. Cfr. J. DE CASTRO, *Cristo al centro de nuestra vida moral*, en “Teología y vida” 6 (1965) p. 117.

106. Jn 20,21.

nezca”¹⁰⁷. Ellos serán en su predicación y en todas las obras de su vida los testigos de la revelación plena del misterio de Dios entre los hombres, serán los testigos de que “Cristo es Señor para gloria de Dios Padre”¹⁰⁸.

Crecimiento de la vida personal en Cristo

Por la Unión Hipostática, la naturaleza de Cristo, en la unidad de la Persona divina del Verbo, participa plenamente de la Vida interpersonal trinitaria. La eterna generación del Hijo por el Padre constituye la riqueza relacional del Verbo, y por ello propia de Cristo, “Unigénito del Padre”¹⁰⁹, y “Primogénito entre muchos hermanos”¹¹⁰.

Nosotros, al participar sólo parcialmente y por unión sacramental de la Filiación del Hijo, podemos crecer en nuestro ser relacional de *hijos del Padre*. En nosotros se da la ley de la *crescita della persona* por el diálogo¹¹¹ —en nuestro ser y obrar— con Dios en Cristo. Nuestro diálogo de vida con Dios es participación del diálogo de Cristo, pero no en su perfección suma o de término sino en aquella otra dimensión inicial que deja abierta una mayor participación en el Diálogo interpersonal trinitario. Este continuo progreso de perfección es posible por el crecimiento en la unión sacramental con Cristo a través de la gracia y las virtudes. Si faltara esta participación sacramental, ni podríamos hablar de vida divina en nosotros, ni de crecimiento de nuestra vida en Cristo. No existiría entonces vida moral de los hijos de Dios, sino, en todo caso, vida humana de buenas costumbres.

Pero una vez afirmada esta participación en la vida de Cristo, podemos y debemos hablar del crecimiento en Cristo, del desarrollo “in virum perfectum, in mensuram aetatis plenitudinis Christi”¹¹². La vocación en Cristo lleva en sí un dinamismo de crecimiento. La misma persona está llamada a una mayor perfección y continua conversión. Pero esta madurez cristiana no se manifiesta solamente en las obras como tales, sino también en la intensidad y profundidad de su realización.

107. Jn 15,16.

108. Phil 2,11.

109. Jn 1,14.

110. Rom 8,29.

111. Cfr. supra notas 41, 82 y 84.

112. Ef. 4,13.

Como condicionante de este crecimiento hay que señalar la coherencia y clara manifestación en la vida ordinaria de la personal unión con Dios en Cristo ¹¹³. Si antes decíamos que el elemento informante de este crecimiento es la misma participación de la vida de Cristo, ahora añadimos que viene transformada en diálogo con Dios en Cristo toda la riqueza humana de nuestra vida. La vida cristiana supone la imitación de Cristo, pero no aquella que sería una mera repetición de su vida terrena, sino la que procede de la propia conformación con El y se manifiesta en la observancia de sus mandamientos: "Quien dice que le conoce y no guarda sus mandamientos, miente y la verdad no está en él (...) Quien dice que permanece en El, debe andar como El anduvo" ¹¹⁴. No se trata, pues, de una imitación externa y circunstancial, sino de aquella otra que se inscribe en el desarrollo del ser en Cristo, de aquella otra que procede como necesaria consecuencia de la acción de la gracia y que como don creado revela en las obras del cristiano la naturaleza del Don Increado.

Podemos decir que la riqueza humana de la vida de los hombres se transforma en DIÁLOGO, y que el señorío del hombre sobre la creación ¹¹⁵ se convierte en dominio de Cristo Señor. Ahora bien, el dominio sobre la creación recibe en Cristo un nuevo contenido: el de servicio, pues, a su ejemplo, sólo se puede *reinar, sirviendo*; y "para servir digna y eficazmente a los otros, hay que saber dominarse, es necesario poseer las virtudes que hacen posible tal dominio" ¹¹⁶.

113. "Fidelitas erga vocationem —id est animus constanter paratus et promptus ad 'ministerium regale'— magnum pondus habet ad multiplicem illam aedificationem, praesertim quoad maioris momenti munera spectat, quae altius vitam proximi totiusque societatis afficiunt": JOANNES PAULUS II, Litt. Enc. *Redemptor hominis*, 21, AAS 71 (1979) p. 319.

114. I Jn 2,4.6.

115. Cfr. Gen 1,28.

116. "Attamen inter abundantiam istam doctrinarum una pars profecto eminere videtur: participatio regalis muneris Christi, quatenus unusquisque detegit in se et in aliis peculiarem vocationis nostrae dignitatem, quae 'regalitas' potest nominari. Haec quidem dignitas monstratur in prompta servienti alacritate secundum Christi exemplum, qui 'non venit ministrari sed ministrare'. Si igitur secundum illum Christi habitum vel affectum aliquis 'regnare' proprie valet dumtaxat 'serviendo', simul postulat illud 'serviendi' officium talem mutaritatem spiritualem, quae dicenda sit prorsus significare aliquem 'regnare'. Ut quis ideo digne efficaciterque ceteris inserviat, oportet is dominetur in semet ipsum possideatque virtutes, quae permittant, ut ita dominetur": JOANNES PAULUS II, Litt. Enc. *Redemptor hominis*, 21, AAS 71 (1979) p. 316.

Por tanto, el dominio de Cristo resucitado se expresa también por la riqueza de contenido de la misma vida humana. “Por lo demás hermanos —recuerda S. Pablo—, cuantas cosas haya de verdaderas, decorosas, justas, puras, amables... tales cosas pensad: ... eso haced”¹¹⁷. Es una consecuencia de la Encarnación. Ella comunica la vida divina potenciando los valores humanos. Creer en la Encarnación con todas las consecuencias no es una alienación de las realidades humanas, sino una profesión de fe cristiana en todos los verdaderos valores. De la fe en la Encarnación parte toda la teología de las realidades terrenas.

Las obras son necesarias; sería ilusoria una teórica opción por Dios en claro contraste con las obras y la vida, pues por éstas se manifiesta y da a conocer la existencia de aquélla. Pero además las obras potencian y profundizan una determinada decisión de la voluntad si son coherentes con ella, y por el contrario, la debilitan y cambian plenamente si son a ella opuestas¹¹⁸. Pero, por otra parte, la recompensa por las obras no se presenta como algo completamente diverso de lo que ya en Cristo poseemos. La prueba de nuestra resurrección es la de Cristo, cuyos frutos estamos ya participando. La prueba de que somos hijos de Dios, aunque no lo veamos, es que el Espíritu Santo ha sido difundido en nuestros corazones¹¹⁹.

Así podemos ver mejor la relación entre las obras, el crecimiento de la persona y la recompensa: plenitud de nuestro encuentro personal con Dios en Cristo. En estos términos es más fácil entender cómo el premio es siempre absolutamente gratuito: ha nacido de la total iniciativa de Dios, y se realiza y culmina a través de la fidelidad al diálogo con El en la Persona de Cristo. “Ahora somos hijos de Dios, aunque aún no se ha manifestado lo que hemos de ser. Sabemos que, cuando se manifieste, seremos semejantes a El, porque le veremos tal cual es”¹²⁰.

117. Phil 4,8-9. “Nostra participatio regalis missionis Christi —illius quidem ‘muneris regalis’— arcto vinculo cohaeret cum omni regione doctrinae moralis, tam christianae quam etiam humanae”: JOANNES PAULUS II, Litt. Enc. *Redemptor hominis*, 21, AAS 71 (1979) p. 316.

118. “Re quidem vera optio fundamentalis tandem apte definit moralem hominis propensionem; eadem tamen radicitus commutari potest actibus singularibus, praesertim cum hi, ut saepe accidit, iam praeparati sint praecedentibus actionibus modo magis superficiali posititis. Utcumque autem id est, haud recte affirmatur singulares actus non sufficere, ut mortale peccatum patretur”: SACRA CONGREGATIO PRO DOCTRINA FIDEI, *Declaratio Persona humana*, 10, AAS 68 (1976) p. 88s.

119. Cfr. Rom 5,5; 8,16.

120. I Jn 3,2.

La moral cristiana, moral de respuesta sacramental

Afirmar el carácter primordial de la vocación en la teología moral es punto fundamental para entenderla como moral de respuesta. Pero moral de respuesta dice mucho más que moral dialógica, en cuanto la moral cristiana está siempre indicando la total y absoluta iniciativa de Dios en manifestarnos su amor personal, como fundamento de toda posible respuesta por nuestra parte.

Teniendo en cuenta que el fundamento de la moral cristiana es *ser en Cristo*, El mismo será quien haga posible y dé sentido a nuestra vida como respuesta al Padre: "Credit autem Ecclesia Christum, pro omnibus mortuum et resuscitatum, homini lucem et vires per Spiritum suum praeberere ut ille summae suae vocationi respondere possit; nec aliud nomen sub caelo datum esse hominibus, in quo oportet eos salvos fieri"¹²¹. Nuestro diálogo con Dios Padre se realiza definitivamente en Cristo. Nuestra moral es moral de respuesta, pero en Cristo, en Quien además descubrimos la Palabra del Padre que nos interpela. La moral cristiana es moral de respuesta sacramental.

Diálogo sacramental con Dios en Cristo: a la iniciativa tomada gratuitamente por Dios de dirigirse a los hombres en la Revelación y sobre todo en la Encarnación de su Hijo, han de responder ellos por la adhesión de fe a Dios en Cristo y por Cristo a través de los sacramentos. La vida toda del cristiano viene a ser entonces la respuesta a Dios en Cristo hecha vida diaria. El cristiano, a su vez, es el punto en el que toda la creación participa de ese diálogo de amor de Dios en Cristo, pues a través del hombre en Cristo, el cosmos participa de la Redención y del sentido de su vocación, y a través de él la misma creación se asocia a la glorificación de Cristo al Padre.

121. CONC. VAT. II, Const. past. *Gaudium et spes*, 10,2; cfr. etiam JOANNES PAULUS II, Litt. Enc. *Redemptor hominis*, 14, AAS 71 (1979) p. 285.

